

manos difuntos, es de creer que este valiente general, estando casi á las puertas de Maresa, pensase en ir á sitiarse en ella á Gorjias para acabar de una vez con un enemigo tan porfiado y peligroso; pero las noticias que recibió de Jerusalem, estando aun en Odolan, le pusieron en el caso de acudir á la capital con preferencia á todo. Se le dió aviso por los principales de Jerusalem: que los que estaban en el alcázar del monte Sion, aprovechándose de su ausencia, tenían cercado á Israel, y tomadas todas las entradas y salidas del santuario: que no podían ir á él sin ser insultados por estos gentiles y mucho mas por los Judíos apóstatas, que siempre buscaban el mal de sus hermanos: que la guarnición que habia dejado en el recinto del lugar santo, no era suficiente para defenderlos; y en una palabra, que siempre dominarían los gentiles y apóstatas, mientras que tuviesen en Jerusalem una plaza de armas que dominase el templo, é hiciese una esclava de la ciudad santa. Judas recibió con gran sentimiento estas tristes noticias; y la propuesta que le hacían de conquistar el alcázar, le dió mucho que pensar y que discurrir. Juzgaba, como ellos, que era preciso poner fin á este escándalo, que sufrían la ciudad santa y el templo, y no veía empresa mas importante y gloriosa á la nación que la conquista de esta plaza; pero como era tan prudente para tomar sus resoluciones, como intrépido para ejecutarlas, prevenía mejor que otro alguno las graves consecuencias de este negocio. Era preciso romper desde luego con el nuevo rey de Siria y su regente Lisias, y renunciar á todas las esperanzas de paz con que la nación se lisonjaba. Por otra parte, la plaza era fuerte en extremo; estaba abastecida de cuanto necesitaba, y la defendían, no solo la guarnición pagana, sino los Judíos apóstatas refugiados en ella, de los que se debia esperar una resistencia desesperada. Ya él mismo habia manifestado el deseo de esta conquista, y no determinándose á emprenderla, se habia contentado con cercar de muros y torres el monte de Sion, en cuya

cumbre estaba situada. Sin embargo, la santidad del templo y de la ciudad, y las persecuciones é insultos que sufrían sus hermanos en Jerusalem, prevalecieron en el ánimo valiente y piadoso de Judas, y se resolvió la conquista. Tomada esta determinación, levantó su campo de Odolan y se dirigió á Jerusalem, donde le recibieron como á su gran libertador. Puso su conquista bajo la protección del Señor, y todos la encomendaron, acaso con mas fervor que nunca, á su Majestad.

Se da principio al sitio.

Luego principió el sitio de esta famosa y fatal plaza, segun todas las reglas que el arte de la guerra enseñaba en aquellos remotos tiempos. Era esto el año ciento y cincuenta del reinado de los Griegos en Asia, y el primero del rey Eupator en la Siria. Hizo Judas fabricar todo género de instrumentos y máquinas para ofender á los que ocupaban la plaza y defenderse de sus tiros. Con estas prevenciones fué embestida la ciudadela; pero no caminaba la conquista con aquella rapidez que habia sido siempre el distintivo de las empresas de Judas. Se le disputaba el terreno por piés, y no se adelantaba la obra, sino con fatigas extraordinarias. Sin embargo, Judas no se desalentaba, sus tropas á su ejemplo estaban determinadas á llevar la conquista á su fin, y esta caminaba, aunque lentamente. Comprendieron los sitiados al ver este empeño, que á pesar de toda su resistencia, tarde ó temprano serían obligados á rendirse á estos valientes, á quienes ni cansaban los trabajos, ni asustaban los peligros.

Acuden los sitiados al rey para que los socorra.

En este apuro logró salir de la plaza en la oscuridad

de la noche un número de paganos, á los que se juntaron algunos apóstatas, y todos corrieron á presentarse á Antioco, para que les enviase un pronto y poderoso socorro. Puestos en presencia del rey, tomaron la palabra los apóstatas, y con un tono lastimoso dijeron : ¿Hasta cuándo, Señor, no haceis justicia y vengais á nuestros hermanos? Nosotros nos resolvimos á servir á vuestro padre, andar en sus mandamientos y obedecer sus edictos, y por esto los hijos de nuestro pueblo se enajenaban de nosotros, mataban de los nuestros cuantos encontraban y talaban nuestras heredades; y hé aquí, que ahora han puesto sitio al alcázar de Jerusalen para ocuparle; han fortificado á Betsura, y si no les tomáis luego la delantera, ellos harán otras cosas mayores y ya no podréis sujetarlos.

Va el rey á socorrer la plaza con un grande ejército.

Quando el rey oyó todo esto, se irritó mucho, y luego llamó á todos sus amigos, á los príncipes de su ejército de infantería y á los comandantes de la caballería, y asimismo tomó tropas á sueldo de las plazas marítimas y de los otros reinos comarcanos y reunió un ejército de cien mil hombres de á pié, veinte mil de á caballo, treinta y dos elefantes adiestrados para la guerra, y trescientos carros armados de hierro. Este grande ejército fué recontado en las cercanías de la corte, y el rey, acompañado del regente, se puso á su frente, y salió para la Judea.

Intentos del falso pontífice Menelao.

Mandó el rey que le siguiesen los apóstatas, entre los que se hallaba uno que podia llamarse su jefe. Este era Menelao, aquel falso pontífice que, como ya hemos

visto, fué el autor principal de la desolacion de su patria, y que vivia tan aborrecido de todos los verdaderos siervos del Señor. No dudó este impío que ahora quedaria Judas derrotado, Jerusalen cautiva, y el templo en poder de los idólatras; y que conseguiria del rey ser repuesto en el ministerio de gran sacerdote, del que era absolutamente incapaz hasta por su nacimiento; pues no solo no era sacerdote, pero ni siquiera levita. A pesar de todo esto, él creyó que, así como con sus falacias habia conseguido el sumo sacerdocio, así con las mismas conseguiria ser repuesto, como ya antes lo habia logrado. Á este fin procuraba una ocasion favorable para adular al rey sobre los intereses de su reino, é irritarle contra la Judea su patria, en la que no debia haber nacido, y para conseguir el pontificado que era todo su objeto; pero el Rey de los reyes, dice el texto sagrado, despertó los sentimientos de Antioco contra este famoso criminal, y representándole Lisias, su tutor, que Menelao era la causa de todos los males, mandó que le prendiesen y le hiciesen morir en aquel mismo lugar en que se hallaba el ejército.

Su muerte extraordinaria.

Habia allí una torre de cincuenta codos de altura (veinte y cinco varas), rodeada por todas partes de un muro ó cierra de ceniza, y desde ella arrojaron al sacrilego, que murió sumergido y ahogado en un monte de ceniza. ¡ Muerte digna de un trasgresor de todas las leyes divinas y humanas! No hubo tierra para dar sepultura al homicida que la habia negado á tantos hombres de bien, muertos por su orden, y dejados en los campos para pasto de las aves y las fieras: solo hubo y muy justamente cenizas para este criminal, que tantos delitos habia cometido delante del altar de Dios, cuyo fuego y cenizas habia profanado tan sacrilegamente.

Sabida la marcha del rey, Israel pide su proteccion al Señor.

Hecha esta justicia en Menelao, de la que Dios fué el autor y Antioco el instrumento, marchaba este como un furioso, dispuesto á portarse con los Judíos de un modo aun mas cruel que su padre. Cuando Judas lo supo, mandó al pueblo que invocasen al Señor dia y noche, para que, como siempre, así ahora tambien les ayudase, pues era de temer que se viesen privados de su ley, su patria y su santo templo; para que no permitiese que su pueblo, que apenas habia principiado á respirar, fuese sometido de nuevo á naciones blasfemas. Habiendo pedido todos unidos y postrados en tierra por tres dias continuos misericordia al Señor con gemidos y ayunos, Judas les exhortó á que viviesen prevenidos, y acordó con los ancianos salir contra el rey antes que entrase con su ejército en la Judea y se apoderase de Jerusalem, y tambien acordó encomendar al juicio del Señor el buen éxito de esta empresa. Despues de estas piadosas prevenciones ordenó su ejército cerca de la célebre ciudad de Modin, donde su padre Matatías principió la defensa del pueblo de Israel, y habiéndolo puesto todo bajo del poder de Dios, criador del cielo y de la tierra, exhortaba á sus soldados á que peleasen con valor hasta la muerte en defensa de las leyes, del templo, de la ciudad, de la patria y de los ciudadanos.

El rey abre la campaña por el sitio de Betsura, y Judas le mata cuatro mil hombres.

El ejército del rey habia tomado la vuelta por la Idumea para caer sobre el fuerte de Betsura, que era la plaza á cuyas puertas habia sido derrotado últimamente el ejército de Lisias, y estado á punto de perecer este

general y regente del reino. El rey parece que queria anudar su campaña con la del regente y borrar con el triunfo, que tenia por cierto, la ignominia que en aquel sitio habian sufrido su general y su ejército. Abrió, pues, la campaña por el sitio de Betsura. La batió por muchos dias; pero la guarnicion se defendia con mucho valor. Trajeron máquinas y las adelantaron hasta tocar en los muros, mas los valientes que los defendian hicieron una salida y las destruyeron. Venian nuevas máquinas al sitio y nuevas salidas de la guarnicion las destruian, haciendo huir de sus muros á los enemigos; pero estos se multiplicaban, y á pesar del valor con que la guarnicion defendia la plaza, era preciso que al fin un puñado de soldados que la defendian, cayese bajo el peso de la multitud. Entonces Judas, que habia reunido su ejército en las cercanías de Modin para observar desde allí los movimientos del enemigo, trató de socorrer á Betsura, ó á lo menos de hacer una llamada al ejército enemigo. Á este fin adelantó el suyo hasta Betzacaran, al frente y no distante del campamento del rey. Tomó lo mas valiente de la juventud que llevaba. Les dió por señal *la victoria de Dios*, y partiendo muy secretamente entre las tinieblas de la noche, cayó sobre el cuartel real, donde no se esperaba un ataque, y mató cuatro mil hombres, y el mayor elefante del ejército con todos los que venian sobre él. Esto sucedió al amanecer, con la ayuda del Señor, y Judas se retiró con sus valientes, despues de una accion tan atrevida y gloriosa, dejando lleno de turbacion y de susto el campamento del rey.

Manda el rey que marche inmediatamente todo el ejército contra Judas á vengar el insulto hecho al cuartel real.

Antioco, que no conocia á los Judíos sino por el desprecio que hacia de ellos, y que era naturalmente sober-

bio, se puso furioso al ver la afrenta que acababa de recibir su real pabellon, y mandó que se marchase inmediatamente á vengarla. Lisias, que habia aprendido en mas de una leccion la superioridad del general de los Judíos, acaso habria tomado una determinacion contraria; pero Antioco era jóven, era arrebatado, era violento, y sobre todo habia principiado á conocer que era rey. Se juzgó insultado, quiso entrar en batalla, y fué preciso obedecerle y seguirle. Todo se dispuso lo mas pronto posible para el combate. El rey se habia levantado antes de amanecer con motivo de la atrevida y repentina carga de Judas, y se halló en disposicion de ordenar por sí mismo los movimientos.

Preparacion y repartimiento de los elefantes y carga que soportan.

Hizo marchar su ejército por el camino de la plaza de Betzacaran, donde estaba acampado el de Judas, y luego que le alcanzó á ver mandó formar en batalla, y como el inexperto monarca contaba con atropellar desde luego el reducido ejército de los Judíos y hacerle pedazos bajo los piés de los elefantes, trató lo primero de enfurecer estos animales, presentando á su vista zumo de uvas y de moras mezclado, de modo que apareciese ser sangre, porque esta los irritaba en gran manera. Luego mandó repartirlos por las legiones, rodeando á cada elefante de mil hombres, vestidos de cota de malla y cubiertos con capacetes de metal, y de quinientos caballos escogidos. Donde quiera que estaba el elefante, allí estaban estos, y donde quiera que iba, allá iban delante y no se apartaban de él para allanar cualquiera tropiezo ó encuentro que se presentase. Sobre cada elefante habia castillos de madera cubiertos por grandes máquinas colocadas sobre ellos. En cada una de estas máquinas se encerraban treinta y dos hombres de valor, que arrojaban desde aquellas al-

turas una nube de dardos y saetas. Un Indio, montado en el cuello del elefante, le guiaba y gobernaba. Parecerá increíble que un solo elefante pudiera llevar tanto peso; pero es necesario saber que los elefantes de la India, de donde los traían los reyes de Siria, eran sin comparacion mayores que los de Africa y llevaban sobre sí hasta seis mil libras de peso, ó doscientas y cuarenta arrobas. El resto de la caballería se colocó en dos trozos al uno y otro lado del ejército, para cubrir sus alas, animarle con el sonido continuo de las trompetas é impedir que se desordenasen los batallones.

Repartimiento del ejército, resplandor de sus escudos y estruendo de sus armas.

Todo el ejército se dividió en dos partes. La una caminaba por los montes, y la otra por los valles, y ambas con gran precaucion. Cuando subió el sol, é hirieron sus rayos los escudos de oro y de bronce, reverberaron y resplandecieron los montes, como si ardieran. Todos los habitantes de los contornos estaban, no solo asombrados al ver aquel resplandor, sino espantados al oír las voces de aquella multitud, el ruido de sus movimientos, y el estruendo de sus armas, porque era, dice el sagrado texto, un ejército en gran manera fuerte. Esperaba Judas tranquilo á este ejército formidable, y lleno de confianza en Dios, no le temia. Dejó que se adelantase bien dentro de los desfiladeros que conducian á Betzacaran, y cuando le vió en estado de no poder volver atrás, le salió al encuentro, y tuvo el valor de ser el primero en la carga. Los soldados del rey la sostuvieron mal y murieron seiscientos hechos pedazos. Sin embargo, las tropas del rey continuaban peleando con el empeño de abrirse paso á los campos de Betzacaran para poner en accion todo el ejército. En tal estado uno de los valientes de Judas suspen-

dió por algun tiempo la atencion de los dos ejércitos con un arrojo que lleno á todos de asombro.

Arrojo asombroso de Eleázar.

Este valeroso se llamaba Eleázar, y la opinion mas comun es que era el hijo cuarto de Matatías. En el calor del combate alcanzó á ver un elefante del ejército del rey, mas alto que todos los otros y cubierto con armas reales. Le pareció que el rey iria sobre él y se ofreció á sí mismo á la muerte por librar á su pueblo y merecer un nombre eterno. Corrió á él con espada en mano por medio de la legion, haciendo caer acá y allá, y matando á derecha é izquierda á cuantos se le oponian, hasta que llegó á ponerse bajo de la bestia y entonces la abrió el vientre á estocadas y la mató. El monstruo, con los castillos, máquinas y hombres que llevaba, cayó sobre el valiente Eleázar, que murió como otro Samson, matando á sus enemigos. Eleázar por desgracia se engañó, porque no iba el rey en aquella enorme bestia; mas su arrojo, su accion, su celo por su religion y su patria, no fué por eso menos admirable. Tambien trajo la ventaja de infundir en el enemigo un espanto general, de que se aprovechó Judas, como gran capitan, par hacer la mas honrosa retirada.

§ Retirada de Judas á su campamento de Betzacaran, y vuelta del rey al sitio de Betsura.

Juzgó el prudente Macabeo que si se empeñaba en contener por mas tiempo los esfuerzos del enemigo en el puesto avanzado que ocupaba, seria oprimido por la multitud que bajaba de las montañas á derecha é izquierda y avanzaba á cortarle. Judas se retiró á tiempo y entró sosegadamente en su campo de Betzacaran; y despues de haber dado pesadas lecciones á Antioco, y distraido el

ejército del sitio de Betsura, se volvió á Jerusalem para defenderse en ella hasta el último extremo y no dejar el recinto del templo sino con la vida. El rey vió con gusto la retirada de Judas, á quien temia ya mucho, y se volvió á continuar el sitio de Betsura. Se formó este de nuevo, se estrechó con mucho rigor; pero la guarnicion se defendia con valentia. Empleaba tambien el rey los árdides; pero nada conseguia. Daba asaltos, pero siempre con mucha pérdida y sin ganar terreno. Con esto el ejército del rey se enflaquecia considerablemente. Ya se principiaba á sentir el hambre en Betsura, porque este año era de los sabáticos, ó de descanso de la tierra, y no se sembraba; y Betsura se hubiera visto precisada á rendirse, á no enviarla Judas desde Jerusalem algunas provisiones por un camino desconocido; pero como nunca faltan traidores, aun en las naciones mas amantes de su patria, un Judío, llamado Rodoco, descubrió á los enemigos este camino, y desde entonces la guarnicion quedó sin socorros. Judas vió con gran sentimiento descubierto su secreto, y luego averiguó quién habia sido el traidor. Le hizo prender y mandó aprisionarle para hacer en él una justicia ejemplar á su tiempo.

El hambre hace la capitulacion de Betsura.

Desde que Betsura no recibia ya víveres, el hambre se aumentaba extraordinariamente, pero no crecia menos en el ejército enemigo; por manera que el hambre obligó al ejército del rey á hacer á la guarnicion proposiciones de paz, y á la guarnicion á recibirlas. Las condiciones fueron cuales podian desearse en el caso. Se dejó salir á la guarnicion con todos sus equipajes, y reunirse con su general en Jerusalem sin que nadie la molestase.

Pone el rey sitio al templo.

El rey por esta capitulacion entró en Betsura, y dejando en ella la guarnicion suficiente, se encaminó con todo su ejército á Jerusalem que era el objeto de toda la guerra, y luego principió á batir el muro y los recintos del templo, donde Judas, resuelto á defenderle hasta el último aliento, se habia hecho fuerte con los suyos. El hambre habia alcanzado tambien al ejército de Judas, y con la entrada del rey en Jerusalem, se hizo extremada, porque era ya imposible la introduccion de alimentos. No sucedia lo mismo al ejército enemigo. Aun halló víveres en la ciudad, y mas en la ciudadela, y cuando le faltaban, se derramaba por todos los pueblos y traía lo necesario.

Defensa y esperanza de Judas.

En esta situacion era preciso un milagro para salir Judas del peligro; pero porque era necesario un milagro, le esperó lleno de confianza. Poco habria sido para este grande hombre contar con milagros en sus prosperidades. Una confianza sin pruebas merece pocos elogios. Su gran mérito estaba en contar con socorro contra toda esperanza. Él se veía en vísperas de perder en pocos dias los trabajos de muchos años; de ver destruida de un golpe la obra de la ciudad y el templo, emprendida por la gloria de Dios, sostenida con su proteccion y conducida á su fin á costa de una multitud de prodigios. Sin embargo, tranquilo y activo al mismo tiempo, ni omitia diligencia, ni se asustaba de cosa alguna. Contento con cuanto pluguiese al Señor ordenar en tan gran peligro, obraba como si estuviera seguro de un feliz suceso, y esperaba con paciencia los instantes que tuviese el Señor señalados para sacar á su pueblo de una situacion tan pe-

nosa. El rey por su parte procuraba vencer imposibles para asaltar los muros del templo. Dispuso contra ellos todo género de máquinas, ya para arrojar piedras gruesas, y ya para tirar saetas y dardos y globos de fuego. Tambien los sitiados hicieron máquinas contra las máquinas de sus enemigos, y se defendian con un valor que asombraba al rey y á su ejército; pero los alimentos faltaban á las tropas de Judas casi enteramente, y cada dia era necesario acortar las raciones. Apretado el soldado cada vez mas por el hambre, principiaba á desertar y por consiguiente á disminuirse los defensores del santuario; mas Judas estaba resuelto á defender las trincheras hasta quedar solo, y á no permitir que el templo de Dios volviese á caer en poder de los profanos, mientras le quedase un instante de vida. El hambre se hacia horrorosa, pero no habia que hablar de capitulacion, y cuando le decian: que ya no venian á socorrerles ángeles del cielo, como lo habian hecho en ocasiones menos apuradas, él contestaba con su confianza en la proteccion del Señor. Una fe tan viva y tan firme y una confianza tan constante y tan generosa no podia dejar de ser favorecida y premiada; y lo fué en efecto por uno de aquellos sucesos, que sin tener en la apariencia cosa alguna de milagrosos, tienen en realidad todos los efectos del milagro.

Venida de Filipo, regente del reino, á la corte de Antioquia.

Ya hemos dicho que Filipo habia sido nombrado por Antíoco, al tiempo de morir, tutor de su hijo y regente del reino, y no sabemos porqué se detuvo cerca de un año en la Persia, la Media, la Babilonia y demás provincias superiores del imperio, sin venir con el ejército que Antíoco le habia dejado en su muerte, á tomar posesion de la capital y hacerse cargo de su pupilo el hijo de Antíoco, de cuyo trono quedaba encargado, para

hacerle reinar sobre él á su tiempo. Lo que hemos visto es, que Lisias se aprovechó de la ausencia de Filipo para declararse tutor del jóven Antioco, que habia criado y tenia á su lado, y para mantenerse en la posesion de la regencia, que le encargó Antioco al salir para Persia. Pues este Filipo tan olvidado llegó á Antioquía con su ejército, cuando menos lo pensaban Lisias y Antioco. Tomó posesion de la capital del reino y principió á gobernarle. Vinieron estas noticias á Jerusalem, cuando el rey se hallaba ya á punto de asaltar el muro y entrar en el templo, y esta venida de Filipo, que era tan natural, fué el prodigio, que obró Dios para sacar del peligro á Judas y su ejército, y librar del enemigo á Jerusalem y su templo.

El rey hace paces con Judas y levanta el sitio del templo.

Lisias quedó consternado con este contratiempo, que le podria despojar de la tutoría, de la regencia y acaso de la vida; y solo pensó en trasladar la guerra de la Judea á la Siria para resistir y destruir á Filipo. Como político inteligente y sagaz, formó desde luego su plan y se apresuró á presentarle al rey y á los generales del ejército, antes que otro mas sagaz que él se le trastornase. Cada dia nos consumimos, dijo al rey y á los generales. Tenemos pocos víveres y la plaza que sitiarnos es fuerte, y lo que urge sobre todo es acudir á los negocios del reino. Hizo presente en seguida : que habiendo entrado Filipo en la capital con su ejército como regente, seria difícil arrojarle de ella, si se le daba tiempo para aumentar sus fuerzas; y que acaso tendria miras mas altas que la regencia, y trataria de hacerse dueño del cetro : que en cuanto á los Judíos, no se sujetaria su inquietud aun despues de haber ejecutado contra ellos cuanto se meditaba : que mientras quedase un Israelita, no habria paz si no se le dejaba en posesion de su re-

ligion, su ley y sus ceremonias : que estos hombres á quienes se queria destruir, nada eran menos que lo que de ellos se pensaba : que teniendo á cubierto los intereses de su religion, aceptarían cualesquiera condiciones razonables que se les quisiesen poner; y que un convenio con ellos se haria en el momento que el rey les concediese continuar viviendo en su religion y guardando sus costumbres : que por esto se habian armado contra Antioco su padre, y estaban armados contra su hijo; y que esto era lo que siempre les ponía las armas en la mano. El rey y sus generales aprobaron el discurso de Lisias, y el rey convino en todo y envió inmediatamente comisionados á Judas para tratar de hacer paces. Judas estaba ya informado de la entrada de Filipo en Antioquía y de la consternacion del rey, del regente y de todo el ejército, y respondió al rey con tanta firmeza, que convirtió en suplicante al que hasta allí se habia portado con tanta soberbia. Teniendo (el rey) aviso, dice el texto sagrado, del que Filipo se habia rebelado en Antioquía, consternado y lleno de espanto, suplicando á los Judíos y sometiéndose á ellos, juró que les concederia cuanto pareciese justo. Judas deseaba verdaderamente la paz y se convino luego en las condiciones, siendo la primera, la esencial y casi la única, el libre ejercicio de su religion. El rey y los príncipes juraron el cumplimiento de estas condiciones, y Judas y sus tropas saliendo del templo y recinto en que se defendian, cumplieron al rey y le hicieron los honores debidos.

El rey quebranta el pacto y las quejas de los Judíos le obligan á observarle.

Entró el rey en el monte de Sion y vió las fortificaciones que le rodeaban, y rompiendo el juramento que acababa de hacer, mandó á sus soldados que las derri-

basen. Los Judíos comenzaron á quejarse agriamente de este atrapamiento, y á decir en tono bien alto : que ya se veía lo que se podia esperar de los juramentos del rey y los príncipes, y de la fe de sus tratados. Conocieron el rey y el regente el enojo de los Judíos, y como tenían tanto interés en que esta nacion irritada no se pasase á entender con Filipo, trataron de sosegarla con mil demostraciones de benevolencia. Visitó el rey el templo. Entró en él con un profundo respeto. Presentó víctimas para un sacrificio, que se ofreció al verdadero Dios, y honró el santuario, ofreciendo ricos dones en señal de su reconciliacion. Abrazó al Macabeo, y le hizo príncipe y gobernador desde Tolemaida hasta la tierra de los Gerrenos ó Gerasenos. Judas no contaba mucho con estas demostraciones de una amistad, que tenía bastantes razones para no juzgar sincera; sin embargo, procuró aprovecharse de ella. Por lo que tocaba al rey, quedó muy contento con esta alianza que le sacaba del cuidado de que los Judíos la hiciesen con Filipo.

Sale con su ejército de la Judea acompañado de Lisias, y arroja á Filipo de Antioquía.

Compuestas así las cosas en la Judea, salió de Jerusalem para Antioquía rodeado de su ejército y acompañado de su tutor Lisias. Pasó por Tolemaida é hizo saber á los Tolemenses el tratado de paz que había concluido con los Judíos y el nombramiento de gobernador de su ciudad, que acababa de hacer en Judas Macabeo; pero estos ciudadanos llevaron muy á mal la amistad concertada, temiendo que se rompiese y fuesen envueltos en una guerra. Entonces Lisias, para aquietarlos, subió al tribunal público; expuso las razones que había tenido el rey para firmar la alianza de que se quejaban, y consiguió con su discurso apaciguar al pue-

blo. El rey, el ejército y Lisias partieron inmediatamente para Antioquía, que era adonde les llamaban todos los intereses. Filipo se había hecho dueño de ella desde que volvió de la Persia, y trataba los negocios del reino como regente y tutor del rey joven, según la última disposición de su padre Antíoco; pero no se halló bastante poderoso para resistir á Lisias y á Antíoco. Avanzaron estos con su ejército hasta las cercanías de Antioquía. Filipo les salió al encuentro con el suyo, se dió la batalla, y quedó vencido Filipo y precisado á refugiarse á Tolemeo Filometor, rey de Egipto, temeroso de que el rey Antíoco le quitase la vida. Todo el ejército de Filipo se pasó al de Antíoco, si se exceptúa la guardia que acompañó á Filipo en su huida. El joven rey entró triunfante en la corte, acompañado de su regente y tutor Lisias, donde fué recibido como soberano legítimo, y Lisias como regente del reino. Todo parecía quedar en paz en el imperio de los Griegos con esta destruccion de Filipo; pero una revolución vino luego á turbarla.

Demetrio Soter destrona á Antíoco, quien pierde la vida juntamente con Lisias.

El año de ciento y cincuenta fué vencido Filipo y huyó del reino de Siria al de Egipto; y el de ciento cincuenta y uno, Demetrio, llamado Soter, hijo de Seleuco, y primo hermano del Antíoco que reinaba al presente, salió de Roma, donde había estado en rehenes mas de trece años, y subió con pocos hombres á una ciudad (Trípoli) sobre la costa del mar, y reinó allí. Su intento, al parecer, era sondear los ánimos, para derribar del trono á su primo Antíoco. Luego descubrió el descontento de los Griegos con su primo, ó mas bien con el regente Lisias, que lo mandaba todo. Estos antiguos súbditos de Seleuco su padre le reconocieron por rey, y le ayuda-

ron á conquistar los Estados que su padre habia poseido. Juntó en Trípoli un buen ejército y construyó bajeles, con los que se apoderó de muchas plazas importantes. No tardó en ser general la revolucion en favor de Demetrio. Seguido este principe de su ejército y de la multitud que se le reunia en los pueblos del paso, llegó á la vista de Antioquía, y el ejército de Antíoco en vez de salir á defender á su rey, se apoderó de él y de Lisias para ponerles en manos de Demetrio; mas luego que dieron á este aviso de ello, no querais, dijo, que les vea yo la cara, y les mató el ejército. Demetrio entró aclamado en Antioquía, y se sentó sobre el trono que habia ocupado su padre.

Alcimo solicita del rey Demetrio la posesion del pontificado.

La paz, que principiaban á disfrutar los Judíos, acaso habria sido durable, si no hubieran tenido mayores enemigos que los paganos; pero los apóstatas, los impíos y los Judíos corrompidos eran enemigos mucho mas temibles que los mismos paganos. Desde la muerte del santo pontífice y mártir Onías, los verdaderos Israelitas no habian tratado de elegir un sumo sacerdote que le sucediese en esta suprema dignidad, temiendo que en las turbulencias que agitaban la patria, recayese en algun malvado. Los apóstatas tuvieron á Jason, indigno de ser hermano de Onías, á quien usurpó el sacerdocio, comprándole á la raiz pecadora, Antíoco el Ilustre. Menelao, que ni aun era levita, compró al mismo Antíoco el pontificado que poseía Jason, aumentando la suma; y este fué el segundo pontífice que tuvieron los apóstatas hasta que murió, como acabamos de ver, ahogado en ceniza. A vuelta de un año eligieron un tercero, llamado Alcimo, tan malvado como Menelao. Es verdad que Alcimo era sacerdote, descendiente de la familia de Aaron y por esto menos incapaz del sumo sacerdocio que Menelao,

que era un seglar benjamita; pero sobre su perversidad, llevaba estampado en su frente el negro borron de la apostasia. Considerando Alcimo que de ningun modo podria acercarse al altar, ni aun librar la vida, si volvia á Jerusalem, se dirigió á Antioquía al nuevo rey Demetrio, solicitando su proteccion, y auxilio para entrar en posesion del pontificado. Le ofreció en su primera audiencia una corona, una palma y unos ramilletes, todo de oro y trabajado con gran perfeccion y nada mas hizo en este dia; pero habiendo tenido una buena ocasion, su perversidad se aprovechó de ella, aun mas allá de lo que habia imaginado su abundante malicia.

Es llamado á un consejo del rey y acusa á Judas y á los fieles Israelitas.

Fué llamado á un consejo del rey en que se debian tratar los negocios de la Judea. Sin duda la corona, la palma y los ramos de oro habian dejado impreso en la memoria del rey el nombre de Alcimo. Fué preguntado este apóstata sobre el estado de la Judea y su forma de gobierno, y ciertamente que no podia ofrecérsele un campo mas propio para sus malvados intentos, y así ya no tanto trató de implorar la proteccion del rey, como de perder á Judas y á todos los buenos Israelitas. Gran principe, respondió Alcimo, los que entre los Judíos son llamados Asideos (asistentes al culto divino), de los cuales es Judas Macabeo el caudillo, fomentan las guerras, mueven las sediciones y no dejan estar en quietud el reino; porque aun yo, despojado de la gloria de mis padres (digo, del sumo sacerdocio), he tenido que venirme acá; lo primero, por conservar fidelidad á los intereses del rey, y lo segundo, por mirar tambien por los intereses de los ciudadanos; pues por la malicia de aquellos hombres, toda nuestra nacion sufre no pocas vejaciones. Por tanto os ruego, ¡ó rey! que informán-